

gria de los pueblos, al ver que el mismo pontífice se ponía al frente del movimiento liberal, hasta el extremo de dar una Constitución á sus súbditos. Como una vez dado el impulso á las libertades públicas, ya no está en manos de los monarcas contenerlas en ciertos límites, resultó que el pueblo romano caminaba rápidamente á la democracia, por lo que asustado Pio IX declaró solemnemente que no podía ya hacer más de lo que había hecho: esto, y el oponerse á que se hiciese la guerra á los austriacos, empezó á predisponer los ánimos contra el pontífice. En 29 de abril de 1848 se celebró un consistorio secreto y la alocución en él pronunciada por el pontífice hizo sospechar un cambio de política en sentido reaccionario, y la efervescencia del pueblo llegó á su colmo. Pidióse al papa un cambio de ministerio y la declaración de guerra al Austria, á pesar de que algunos voluntarios ya habían ido á unirse al ejército confederado de la Lombardia, y en tanto que estas cosas se concedían, el Círculo popular estaba en sesión permanente y la guardia cívica sobre las armas. S. S. tuvo entonces que publicar el edicto siguiente:

PIO PAPA IX.

«Cuando Dios, por una disposición admirable, nos llamó á suceder inmerecidamente á tantos sumos pontífices ilustres por su santidad, por su sabiduría, por su prudencia y por otras virtudes, conocimos al instante la importancia, el sumo peso y las dificultades gravísimas del grande encargo que Dios nos confiaba; y elevando á él las miradas de nuestra mente, lo diremos con franqueza, desalentados y oprimidos, le rogamos nos asistiese con una abundancia extraordinaria de luces y de gracias de todo género.

«No ignorábamos la posición, difícil bajo todos aspectos, en que nos encontrábamos, por lo cual fué un verdadero prodigio del Señor el que en los primeros meses de pontificado no sucumbiésemos á la sola consideración de tantos males, que nos parecía iban consumiéndose sensiblemente nuestra vida. No bastaban á calmar nuestros temores las demostraciones de afecto que nos prodigaba un pueblo que teníamos las mayores razones para creer afecto á su padre y soberano natural, para el cual nos dirigimos con mayor eficacia á implorar los auxilios de Dios por la intervención de su Santísima Madre, de los santos apóstoles protectores de Roma, y de los demás bienaventurados habitantes del cielo. Con estos antecedentes examinamos la rectitud de nuestras intenciones; y después de haber tomado los consejos de algunos, y tal vez de todos los cardenales nuestros hermanos, expedimos todas aquellas disposiciones relativas al arreglo del estado que sucesivamente han aparecido hasta ahora.

«Fueron acogidas con las satisfacción y aplauso que todos sabemos y que servían de abundante recompensa á nuestro corazón. Ocurrían entre tanto grandes sucesos,

no solo en Italia, sino en casi toda Europa, los cuales, acalorando los ánimos, hicieron concebir el proyecto de formar de la Italia una nación más unida y compacta que pudiera ponerse al nivel de las otras de primer orden. Este sentimiento hizo levantarse á una parte de Italia que ansiaba su emancipación. Corrieron los pueblos á las armas y con las armas están aun midiendo sus fuerzas los contendientes. No tardó una parte de nuestros súbditos en acudir espontáneamente á formar una milicia; pero organizada y provista de gefes, recibió su instrucción para detenerse en los límites del Estado.

«Con estas instrucciones estaban conformes las esplicaciones que dimos á los representantes de las naciones extranjeras, y las eficaces exhortaciones que dirigimos á aquellos mismos militares que quisieron presentarse á nosotros antes de su salida. Nadie ignora las palabras pronunciadas por nosotros en la última alocución, en la que dijimos que estábamos lejos de declarar la guerra; pero protestando al mismo tiempo que éramos incapaces de refrenar el ardor de aquella parte de nuestros súbditos que está animada por el mismo espíritu de nacionalidad que los demás italianos. Y aquí no queremos pasar en silencio que no hemos olvidado ni aun en semejante circunstancia, los cuidados de padre y soberano, atendiendo del modo que nos pareció más eficaz á la mayor seguridad posible de nuestros hijos y súbditos, que sin nuestro consentimiento se encuentran ya espuestos á las vicisitudes de la guerra.

«Nuestras palabras citadas han excitado una conmoción que amenaza estallar en actos violentos, y no respetando ni aun las personas, hollando todos los derechos, intenta (¡oh gran Dios! se hiela el corazón al pronunciarlo) tener las calles del mundo católico con la sangre de personas venerables, designadas como víctimas inocentes para saciar la voluntad desenfrenada de los que no quieren escuchar razones. ¿Y será esta la recompensa que esperaba un pontífice soberano por las multiplicadas muestras de su amor al pueblo? ¿Popule meus quid feci tibi? ¿No comprenden esos desgraciados que además del enorme esceso con que se mancharían, y del escándalo incalculable que darían á todo el mundo, no harían sino ultrajar la causa que pretenden defender, llenando á Roma, al Estado y á la Iglesia toda de una serie infinita de males? Y en este ó semejante caso (que Dios aleje de nosotros), ¿podría permanecer ocioso en nuestras manos el poder espiritual que Dios nos ha concedido? Comprendan todos de una vez que nosotros conocemos la grandeza de nuestra dignidad y la fuerza de nuestro poder.

«Salvad, ¡oh Señor! á vuestra Roma de tantos males, iluminad á los que no quieren escuchar la voz de vuestro vicario, atraed á todos á más sanos consejos, á fin de que obedeciendo á quien los gobierna, pasen menos tristes sus días en el ejercicio de los deberes de buenos cristianos, sin lo cual no pueden ser buenos súbditos ni buenos ciudadanos.

«Dado en Roma en Santa María la Mayor á 1.º de mayo de 1848—Año segundo de nuestro pontificado.—Pío papa nono.»

«Pero este edicto no calmó la agitación del pueblo, y el papa tuvo que nombrar un ministerio investido con la facultad de declarar la guerra al Austria y de apartar de los negocios públicos á todos los funcionarios pertenecientes al clero. Consecuencias

de esto fueron, quedar los nuncios y cardenales sin intervención en los negocios públicos, el papa encerrado, por decirlo así, en el palacio Quirinal, sin más defensa que la de su guardia noble y sus suizos; que se espidiesen pasaportes al embajador de Austria y que se decretase el levantamiento de una fuerza de 6,000 hombres para reforzar el ejército confederado. El papa escribió por entonces una carta al emperador de Austria, exortándole á la paz y á la evacuación del territorio italiano, y aunque esta carta había de ser infructuosa, valió, sin embargo, á Pio IX una demostración afectuosa de parte del pueblo en 26 de mayo. Verificóse á principios de junio la apertura de las cámaras, conforme á la Constitución romana, y el día 9 el ministro leyó en ellas su nuevo programa y se concedió libertad de imprenta bajo ciertas condiciones. El gobierno pontificio reconoció oficialmente á la república francesa, y también celebró el papa un concordato con el emperador de Rusia, acerca de los católicos de este país; pero la entrada de los austriacos en Ferrara vino de nuevo á alterar el orden, ocasionando la siguiente protesta del gobierno pontificio:

«Cuando Su Santidad á impulsos del inmenso afecto que profesa á todos los pueblos cristianos, se declaró contra la guerra en medio de la general conmoción de Europa y de los clamores de la Italia, vivamente inflamada del espíritu de nacionalidad, cuando para cumplir dignamente con los deberes de su supremo sacerdocio, envió un legado á S. M. sarda y á la corte de Austria, se li-
songeaba con la esperanza de una próxima paz.

«Con gran sorpresa y profundo sentimiento ha sabido por lo tanto hoy, que las tropas austriacas, no contentas con haber obstruido la navegación del Pó, y atentado á la vida y propiedades de algunos barqueros de los Estados pontificios, han pasado el río en la noche del 14 al 15 del corriente, violando sin miramientos la independencia del territorio romano.

«A tan manifiesta lesión de los derechos de que Su Santidad es celoso custodio, se han seguido los actos más injustificables de hostilidad y agresión. El mayor austriaco del 4.º regimiento de dragones, ha amenazado en nombre del príncipe general de Linchtenstein, á los habitantes de Lagoscura, de poner fuego por todos cuatro costados á sus ciudades si hacían la menor resistencia, mientras las tropas austriacas invadían los Estados pontificios, en número de seis á siete mil hombres, ocupaban Pontelagoscura, y Francolino, y avanzaban hasta la esplanada exterior de la fortaleza de Ferrara. Estos actos de violencia han adquirido aun mayor gravedad con la coacción ejercida en la persona del representante del gobierno pontificio en aquella provincia, á quien el príncipe de Linchtenstein ha exigido militarmente raciones, mandándole que estuviese dispuesto á obedecer sus órde-

nes, en la inteligencia de que la menor oposición sería severamente castigada. Así lo atestiguan este párrafo de la carta del príncipe, trascrita literalmente:

«Al señor conde de Loratelli. En vista de la negativa de V. E. á abastecerme por dos meses de viveres y municiones la ciudadela, me veo en el caso de exigir al punto una respuesta satisfactoria, teniendo V. E. entendido que estoy dispuesto á valerme del rigor para hacerme obedecer.—FERRARA 14 de julio á las doce.

«Esta violación de los legítimos derechos de Su Santidad, le obligan á protestar enérgicamente ante la corte austriaca, cuya protesta se comunicará á todos los gobiernos, reservándose tomar cuantas medidas le aconsejen las circunstancias como las más eficaces para la conservación de la independencia de los Estados pontificios.—Roma 18 de julio.»

«Como á pesar de los sucesos y de la ansiedad del pueblo, el pontífice no tomase la ofensiva contra los austriacos, el ministro Mamiani hizo dimisión que le fué admitida; pero al fin quedó el conde Mamiani al frente del gobierno. En tanto los austriacos, no contentos con ocupar á Ferrara, marcharon sobre Bolonia y entraron en esta ciudad; pero en sus calles se trabó una sangrienta lucha entre el pueblo y los invasores, que fueron arrojados de la población, y aunque situados en una altura quisieron desde allí bombardearla, hasta allí los persiguió el pueblo, desalojándolos y apoderándose de la artillería. Estos sucesos produjeron la mayor sensación en toda Italia y decidieron al gobierno pontificio á la guerra contra los austriacos en defensa de la patria. El Austria alarmada con el entusiasmo de toda Italia y temiendo que los franceses ocupasen á Ancona, desaprobó la conducta de su general, y al fin fueron evacuadas las Legaciones en virtud del siguiente convenio entre el feld-mariscal Welden y los representantes del gobierno pontificio:

1.º «El gobierno pontificio entregará al ejército imperial y real todos los austriacos detenidos ilegalmente en Bolonia y sus cercanías. Restituirá también las armas, caballos y demás efectos de guerra.

2.º «El gobierno pontificio promete impedir de parte de sus subordinados todo ataque contra el territorio austriaco, sea á mano armada, sea por medio de provocaciones, excitando á destruir el orden y la tranquilidad pública.

«Su excelencia el feld-mariscal, promete en cambio:

1.º «Retirar las tropas austriacas de todo el territorio pontificio, menos de Ferrara, del país de Bondeno, en un radio de siete millas, y del de Ponte Lagoscura. No obstante esto, el feld-mariscal está pronto á retirarse á la otra parte del Pó, exceptuando siempre á Ferrara, y restablecer el estado de cosas fundado por el tratado de Vie-

na, tan luego como el gobierno pontificio ratifique el presente convenio.

2.º «Restituir todas las armas recogidas por los austríacos en las Legaciones.

3.º «Y despues de la ratificacion antes mencionada, la devolucion de todos los puntos y pasages del Pó, correspondientes al Estado pontificio.»

En tanto cayó desacreditado el ministro Mamiani, siendo un eclesiástico, el cardenal Soglia, el nuevo presidente del consejo de ministros. Los apuros del erario eran tan considerables que hubo que emitir billetes del tesoro, hipotecando para su pago los bienes de los lugares pios, y en tal situacion recibió el pontífice una carta del emperador de Rusia con los mas generosos ofrecimientos, hasta de sus escuadras y sus ejércitos. El 24 de octubre hubo un alboroto en Roma; pero esto no fué mas que el preludio del espantoso motin del 16 de noviembre. En vano el ministerio, temiendo algun movimiento popular, habia concentrado fuerzas en la capital y habia contratado mas suizos; la exaltacion demagógica se manifestó sin rebozo en la capital del mundo cristiano; el conde Rossi, gefe del ministerio y confidente del papa, fué asesinado al bajar del coche para entrar en la Cámara de diputados; los revolucionarios fueron á sitiar el Quirinal donde se hallaba el pontífice, hicieron fuego y mataron á un prelado doméstico y familiar del Santo Padre, y llegaron á incendiar una de las puertas con desigño de profanar el palacio. Los suizos, únicos que defendian al Santo Padre, se prepararon á una heroica defensa, mientras que el cuerpo diplomático, presidido por el embajador de España rodeaba á S. S. en aquellos momentos de tribulacion. Acordóse al fin que entrase una comision á manifestar las exigencias del pueblo al Santo Padre, y como éste se negase á ellas con singular firmeza, creció la exasperacion del pueblo á quien se unieron los carabineros. El papa, sin querer firmar por si ningun decreto, mandó al cardenal Soglia que nombrase ministro á Galletti, el cual recompuso un ministerio que cedió á los deseos de los demócratas en los términos que espresa el siguiente manifesto dado á pocos momentos de su instalacion.

«Llamados al ministerio en circunstancias extraordinarias y cuando nuestra negativa hubiera puesto en

peligro la forma constitucional del Estado, nos impondria el estado actual de cosas sino nos sostuviere la idea de que nuestro programa está en perfecta armonia, no solo con los principios proclamados por el pueblo, sino con los adoptados por la Cámara, despues de una madura reflexion: principios que serán los que nos servirán de regla en todos nuestros actos, mientras permanezcamos en el poder. Entre estos principios se encuentra uno que ha obtenido el consentimiento del príncipe en un acto solemne; y respecto á otro ha ofrecido ponerse de acuerdo con el ministerio para someterlo en seguida á la Cámara. El principio de la nacionalidad italiana, mil veces proclamado por el pueblo y por la Cámara y aceptado por nosotros, ha sido sancionado y garantido sin reserva por el príncipe, cuando con un celo paternal dirigió su epistola al emperador de Austria. Y para realizarlo pensamos indispensable llevar á cabo la resolucion adoptada por la Cámara de diputados, respecto á la independencia italiana; siendo nuestra mas firme resolucion el cumplir los deseos manifestados por los representantes del pueblo.

«Nadie podrá dudar de nuestra adhesion al programa de 5 de junio, tan bien recibido por las cámaras. La convocacion de una Asamblea constituyente en Roma que forme un acta federativa, son principios y maximas que siempre han mostrado nuestras cámaras, y por eso deseaban se reuniese en Roma una dieta en que se tratase de los intereses generales de Italia; y puesto que este deseo, estas maximas fundamentales, han recibido ahora el consentimiento del príncipe, de este soberano á quien la Italia entera ha saludado como el iniciador de su libertad é independencia, y que desea ademas someter á las cámaras la discusion de este principio; nuestros corazones se ensanchan viendo cuán próxima está la realizacion de este pacto federal, que al mismo tiempo que respete la existencia aislada de cada estado, y deje sin tocar la forma de su gobierno, contribuya á asegurar la libertad é independencia de la Italia. Será perfecta esta obra, á nuestro juicio, cuando vaya unida á ella el venerable nombre de un pontífice. Nos presentamos á las cámaras y al pueblo con este programa. Si el pueblo nos dispensa su confianza, haremos cuanto nos sea dable por merecerla. Las cámaras están convocadas, y decidirán si merecemos ó no la suya, aunque pensamos que sí, si es que sus principios son los mismos que hasta aqui han manifestado.—C. E. Muzarelli, presidente. S. Galletti. P. Sterbini. J. Lunati.»

El Padre Santo no tomó ni siquiera de nombre parte alguna en los actos del nuevo gobierno. Ademas, cediendo al deseo de la propia conservacion y á los consejos de los representantes de las naciones extranjeras, salió de Roma disfrazado en la noche del 24 de noviembre de 1848, llegando á Gaeta el 25, siendo Mr. Spam, ministro de Baviera, el que le sacó en su coche. Desde Gaeta envió S. S. una carta pidiendo auxilio al rey de Nápoles, que con toda su real familia, tropas y todo lo necesario, pasó á verse con el pontífice, con quien vino tambien á reunirse el cuerpo diplomático. El gobierno revolucionario de Roma, reunió inmediata-

mentes las cámaras el 25 para anunciar la fuga del Pontífice, dirigiendo una circular á los presidentes de las provincias, para atenuar en lo posible el efecto que la grave disposicion de Su Santidad habia de producir no solo en las provincias romanas, sino en toda Europa. El papa apenas se vió libre en Gaeta, envió un cardenal á Roma, el que en la sesion de la cámara de diputados del dia 3 de diciembre, entregó una solemne protesta de Su Santidad; pero esta protesta fué declarada nula por la cámara, que dirigió enérgicas proclamas al pueblo romano y á la guardia civil. A pesar de esto, la protesta de Su Santidad y el haber nombrado una comision de gobierno para Roma, produjeron esta ciudad el mayor desconcierto: el ministerio quiso hacer dimision, y el príncipe de Canino llegó á proponer en la cámara se nombrase una regencia. Se acordó al fin la formacion de un gobierno provisional que decretó lo siguiente:

«Considerando que los Estados romanos se hallan gobernados por las formas representativas, y que gozan de los derechos y garantias de un estado constitucional; que el estatuto tiene por base la distincion, y á la vez la conexcion de los tres poderes, y que si alguno de ellos falta, el régimen constitucional está incompleto, y no corresponde á su objeto primitivo;

«Considerando que en la noche del 24 de noviembre el Pontífice ha salido de Roma sin dejar persona que le reemplace; que el despacho firmado en Gaeta el 27 de noviembre, en el cual se nombra una comision de gobierno, no se halla revestido de las fórmulas constitucionales que sirven para garantizar la inviolabilidad del príncipe; que la comision de gobierno nombrada en este despacho no ha manifestado su voluntad de aceptar, no ha ejercido sus funciones, ni se ha constituido de hecho; que las dos cámaras de acuerdo con el ministerio y la municipalidad han tratado de remediar esta falta enviando mensajes al príncipe para rogarle que vuelva á tomar la direccion de los negocios; y que no solo no han sido recibidos los mensajes en el estado napolitano, sino que despues se han querido hacer nuevas instancias acerca del príncipe, siendo todas ellas inútiles;

«Considerando que hallándose el príncipe en un pais extranjero, donde se estorba la entrada por orden superior á las diputaciones que van á verle (lo cual impide á los diputados ejercer un derecho consignado en el estatuto fundamental), hay motivos para creer que no goza de completa libertad, y que sus acciones no son espontáneas, no pudiendo oír á sus consejeros benévolos é imparciales;

«No pudiendo el estado y las ciudades quedar sin gobierno completo, y las propiedades y los derechos de los ciudadanos sin proteccion;

«Conociendo la necesidad de que cese de todo punto el peligro de la anarquia y de las discordias civiles y de mantener sobre todo el orden público;

«Debiendo, por último, conservarse íntegro el estatuto fundamental, así como la soberania y sus derechos constitucionales, y queriendo las cámaras cumplir con sus

SUPLEMENTO.

sagrados deberes, obedeciendo á la absoluta necesidad de arreglar esta cuestion de estrema urgencia; por un acto deliberado en cada una de las cámaras, decretan lo siguiente:

Art. 1.º «Se formará una junta de estado provisional.

2.º «Se compondrá de tres personas que no sean diputados y elegidas á mayoría absoluta de estos y aprobadas por la cámara alta.

3.º «La junta en nombre del soberano y á mayoría de votos ejercerá todas las funciones pertenecientes al gefe del poder ejecutivo, conforme al Estatuto y á las reglas y principios del derecho constitucional.

4.º «La junta cesará en sus funciones á la vuelta del Pontífice ó si este delega, por un acto auténtico, persona á quien cometa el reemplazarle y llenar sus funciones, y si esta persona toma de hecho el ejercicio de ellas.»

La revolucion marchaba, lejos de ceder, Garibaldi y Macini llegaron á ofrecer sus servicios al gobierno provisional, y en 9 de diciembre decretó la cámara romana la Constituyente italiana que debia reunirse en Roma adonde habian de acudir los representantes de todos los estados de Italia.

A la institucion de la junta suprema de gobierno se siguió la dimision del ministro Mamiani por falta de salud, y una nueva protesta del papa contra la usurpacion de sus poderes hecha por dicha junta; pero ella seguia gobernando. En la sesion del 26 de diciembre se presentó en las cámaras el proyecto de la *Constituyente*, siendo disuelta la cámara el 28 y convocada la Constituyente el 29, por lo que hubo grandes demostraciones de regocijo. La convocacion de la Constituyente causó otra nueva protesta de Pio IX, declarando incurrian en excomunion mayor cuantos atacasen el poder temporal del pontífice; pero esta excomunion fué recibida con el mas impio desprecio por el Circulo Popular y los demagogos de Roma. Serviale de consuelo al Santo Padre la proteccion que le ofrecian las potencias católicas y señaladamente la España, que tomó la iniciativa por medio de la nota circular de que ya queda hecha mencion. Verificóse en Roma la eleccion de representantes para la Constituyente, que fueron proclamados en 28 de enero desde lo alto del Capitolio, habiendo salvas y repique de campanas con este motivo. El 5 de febrero se abrió la Asamblea Constituyente en el palacio de la Cancilleria. Despues de un largo discurso del ministro Armellini, se nombraron secretarios, se examinaron poderes, y al fin, en la sesion del dia 9 la Asamblea, casi por

unanimidad, votó que el pontificado quedase de hecho y de derecho destituido del gobierno temporal de los Estados Romanos, y que la forma de gobierno fuese la democracia pura. Contra esta grave determinación hizo el Santo Padre nueva protesta en Gaeta, rodeado de todo el Sacro Colegio, pero la Asamblea seguía organizando el gobierno republicano y utilizando las propiedades de las iglesias y establecimientos piadosos, por lo que Su Santidad después de haber consultado al Sacro Colegio y al cuerpo diplomático, pidió resueltamente la intervención armada de España, Nápoles, Francia y Austria. En vano el Santo Padre protestó contra las destructoras medidas del gobierno de Roma para procurarse recursos; agotados los fondos públicos, se trataba de contratar un empréstito, dando por garantía los monumentos artísticos del Vaticano. En nada se reparaba con tal de proseguir la guerra de la independencia y salvar la república, y con este objeto, y atendida la gravedad de las circunstancias y la necesidad de concentrar el poder, la Asamblea, sin suspender el ejercicio de su mandato, decretó que se disolviese el Comité ejecutivo y que el gobierno de la república se encomendase á un triunvirato con poderes ilimitados. Esto sucedió en 29 de marzo de 1849 y en 5 de abril tuvieron los triunviros que publicar una estraña proclama, manifestando que eran estraños á todo complot para restituir á Su Santidad en el trono pontificio, prueba evidente de los rumores que circulaban en Roma, de la confusión que reinaba entre los gobernantes y del disgusto y temor de las gentes pacíficas. En tanto ya venia surcando las aguas del Mediterráneo la expedición francesa para restituir al papa en el trono pontificio, resuelta ya la intervención armada, en virtud de la nota pasada á las cuatro potencias. El sumo pontífice, que tenia ya á sus órdenes en Gaeta tropas napolitanas y españolas, cual si quisiese reconocer la fé y piedad con que estas acudian á socorrerle, se dignó el 7 de marzo visitar la escuadra surta en las aguas de Gaeta, pasando á bordo de la fragata *Villa de Bilbao*, donde fué recibido por el brigadier Bustillo, comandante de la expedición, y por el estado mayor vestido de gran gala, aceptó un ligero desayuno, habiéndosele hecho

por todos los buques los saludos y honores de ordenanza.

La expedición francesa, al mando del general Oudinot, después de haber desembarcado en Civita-Vechia, marchó inmediatamente sobre Roma. Los austriacos avanzaron por las Marcas y las Legaciones y la división del general Wimpffen tomó á Ancona, cuyas llaves fueron inmediatamente enviadas al Santo Padre. La división española llegó hasta seis leguas de Roma y esperó en Velletri medir sus armas con los legionarios de Garibaldi, cuando salieron huyendo de Roma. Esta ciudad se rindió al fin á los franceses después de sesenta y cinco días de sitio, de varios asaltos y ataques sangrientos y de uno verdaderamente formidable en 29 de junio. Disuelto el triunvirato y después de grandes altercados entre la Asamblea, el ayuntamiento y el senado, una comisión de este pasó al campamento francés con las siguientes bases de capitulación:

Primera. El ejército francés entrará en Roma y ocupará las posiciones militares que crea convenientes.

Segunda. Las tropas que de concierto con el general Oudinot y la autoridad militar de Roma entrasen en la ciudad, harán el servicio en unión con las de la plaza, tanto en ella como en el castillo de San Angelo.

Tercera. La autoridad militar de Roma establecerá los acantonamientos necesarios para las tropas que queden fuera de ella.

Cuarta. Todas las comunicaciones con Roma, actualmente interceptadas por el ejército francés, volverán á ponerse libres.

Quinta. Las disposiciones defensivas del interior de la ciudad serán destruidas para facilitar la circulación de la misma.

Sesta. La libertad individual y la inviolabilidad de las personas por los hechos ocurridos anteriormente, se garantizan á todos indistintamente.

Sétima. La guardia nacional se mantendrá en activo servicio para que cumpla con el objeto de su misión.

Octava. La Francia no tendrá intervención en la administración interior de Roma.

Pero estas proposiciones fueron desechadas por el general Oudinot que impuso á la ciudad las siguientes:

El general Oudinot al municipio de Roma.

«Os envío el siguiente ultimatum, que, en caso de ser desechado, me obligará á renovar las hostilidades.

«La ciudad de Roma se pone bajo la protección del honor y de los principios liberales de la república francesa.

«Primera. El ejército francés hará su entrada en la ciudad y ocupará las posiciones militares que crea convenientes.

«Segunda. Todas las comunicaciones que actualmente se encuentran interceptadas entre la ciudad y el ejército francés quedarán libres.

«Tercera. Careciendo ya de objeto las disposiciones adoptadas en Roma con objeto de hostilizar al ejército francés, deben desaparecer.

«Cuarta. Las tropas regulares de Roma ocuparán los acantonamientos que se les designen. Los cuerpos extranjeros serán disueltos y licenciados, facilitándose á los individuos que los componen los auxilios necesarios para el viage.»

Los franceses verificaron al fin su entrada el día 4 de julio de 1849 por la tarde, y el general Oudinot, después de enviar las llaves de la ciudad santa al papa Pío IX, se dedicó á organizar la administración local, aunque Roma siguió por mucho tiempo gobernada militarmente, anunciándose todos los actos públicos y particulares en nombre del pueblo francés. Hasta el 15 de julio no se verificó en Roma la promulgación del legítimo gobierno, ceremonia que se verificó con militar pompa en el Vaticano. A las tres y media de la tarde fué enarbolada la bandera pontificia en el castillo de Santo Angelo y en la torre del Capitolio, siendo saludada con 100 cañonazos. El general Oudinot, acompañado de su brillante estado mayor, después de pasar revista á las tropas situadas en la gran plaza y calles inmediatas, se dirigió á la basílica donde fué recibido por los cardenales y el clero. Después del *Te Deum* y de las bendiciones, se acercó el cardenal Tosti al general en jefe y pronunció el siguiente discurso de acción de gracias:

«Señor general: Vos transmitiréis á vuestras sucesores el título de libertador de Roma; pero en tanto permitid á un cardenal romano, que aunque con voz débil por efecto de los trabajos que ha sufrido, manifieste en su nombre y en nombre también de sus colegas á vos, á vuestro ejército y á la cristianísima Francia sentimientos de eterna gratitud. Vos nos habeis librado de la opresión de unos monstruos que deshonran al género humano; y hoy nos anunciáis el regreso del sumo pontífice nuestro soberano y padre. Contra él se desataron, y quizá se desatan todavía unas pocas furias del averno; pero ciérrales la boca la voz general del mundo cristiano que quiere sea reconducido aquí con gloria. Y vendrá aquí; pero siempre acompañado de su singular mansedumbre, siquiera abusando de esta los perversos crean serles debida toda impunidad, y así se hagan de cada vez mas osados.

Señor general, vuestra cordura y vuestra conducta militar y la de los valientes que os rodean nos han economizado muchos males de la guerra, y las devastaciones que alean á Roma y sus contornos, debidas son todas al genio maldéfico de nuestros tiranos. La disciplina y moralidad de vuestras tropas sirven de ejemplo y de corrección á los pocos romanos estraviados por el aluvion de impíos que aquí se reunieron.

«Los buenos lloran todavía por la poca sangre francesa que se ha derramado; pero esta sangre unida á la de sacerdotes inocentes y probos ciudadanos bárbaramente muertos por aquellos monstruos, atraerá las bendiciones del cielo sobre la Francia, sobre vos y sobre vuestros valientes soldados. Debo además á vos y al excelente gobernador de Roma especiales gracias por haberme repuesto en el gobierno del Hospicio apostólico de San Miguel, que tanto aprecia Su Santidad, y por haberlo podido limpiar de tantos corruptores é inicuos como allí se habían introducido. Espero que algun dia os dignareis visitarlo.—¡Viva la religión!—¡Viva el sumo pontífice!—¡Viva la Francia!»

El general, que tenia á su lado á Mr. de Courcelles, enviado extraordinario de la república francesa, contestó del modo siguiente:

«Monseñor: Al personificar en mí el ejército que está á mis órdenes, me haceis un insigne honor; pero me concedéis demasiada parte en el venturoso acontecimiento que acaba de consumarse.—El restablecimiento de la autoridad temporal del Santo Padre es la obra de la Francia toda.—Nosotros, soldados, no hemos sido mas que el instrumento de una causa generosa y santa.

«Nuestro gobierno, pues, es quien tiene todo el mérito de una empresa, cuyo suceso es debido á la protección de la Divina Providencia.

«Monseñor, nunca hemos dudado de la simpatía de los habitantes de Roma para con nuestro país; así que cuando nos estaba prohibida la entrada de esta hermosa ciudad, sabíamos que estaba bajo un yugo opresor y extranjero. Desde el momento en que os visteis libre de esta tiranía, desde que vuestros sentimientos han podido manifestarse, habeis dado libre expansión á vuestro respeto al Santo Padre y á la religión. Se me han dirigido numerosas esposiciones, ha habido fervientes manifestaciones para pedir con instancias el regreso de Su Santidad.

«Al reponer hoy la bandera pontificia en el castillo de Sant-Angelo, no hacemos mas que satisfacer vuestros votos particulares y los de todo el mundo católico, y debo añadir que nos hemos dedicado con fortuna al cumplimiento de este deber. Pero aun tengo otro deber que cumplir aquí, monseñor.

«Vos acabais de hacer un elogio de la disciplina y moralidad de las tropas que mando, y jamás hubo elogio mas merecido.—Tengo la satisfacción de declarar en la basílica de San Pedro y en presencia de innumerables testigos, que durante una campaña de cerca de tres meses nuestros compañeros de armas han dado constantemente el ejemplo de un gran valor unido al respeto profundo al orden y á la disciplina. Nada exagero en decir que siempre y en todas partes los oficiales, los tenientes y los soldados han presentado el tipo de las virtudes militares.

«Monseñor: habeis dicho que la devastación que Roma lamenta debe atribuirse al genio devastador de vuestros perseguidores.

«Gracias, monseñor: este testimonio tan equitativo é imparcial consuela á mi corazón mas de lo que yo pudiera espresar.

«Tal vez no se sepa jamás cuanto hemos sufrido al pensar que las necesidades de la guerra pudieran causar la destrucción de monumentos seculares. Para preservarla hemos detenido una operación y aplazado un resultado que importaba conseguir.

«Dios nos ha premiado esta longanimidad.

En suma, monseñor, los servicios que el ejército francés ha podido prestar á la religion y al órden social, quedan hoy completamente recompensados. Nuestra ambicion está satisfecha, pues hemos obtenido la confianza de vuestros compatriotas al mismo tiempo que la simpatía y estimacion de las poblaciones católicas.

Vos habeis terminado vuestro discurso gritando ¡Viva la Francia! y yo terminaré el mio gritando tambien ¡Viva la religion! ¡Viva el Santo Padre!

El cardenal conmovido añadió:

«General: Vuestras palabras son dictadas por el espíritu de Dios; sus bendiciones descenderán siempre sobre vos y sobre la Francia. ¡Viva la religion, viva el sumo pontífice, viva la Francia!»

A pesar de estar completamente restablecido el gobierno pontificio en Roma, el Santo Padre no abandonó su residencia de Gaeta. Pasó mucho tiempo antes que se calmasen las pasiones y se fuesen mitigando los males de que Roma era víctima. Hasta el día 12 de abril del presente año no regresó á su silla Pío IX, fausto suceso cuya descripeion, asi como la de los pormenores de su viage, se halla en el parte dirigido al gobierno por el embajador español, con fecha del 13:

Embajada de España en Roma.

Excmo. señor: Muy señor mio.—Conforme á lo que tuve la honra de anunciar á V. E. en mi último despacho, fecha en Nápoles, el Padre Santo salió de su residencia de Pórtici en la mañana del 4 del corriente, dirigiéndose al real palacio de Caserta, donde pernoctó, saliendo á la mañana siguiente acompañado de S. M. el rey de las Dos Sicilias, del duque de Calabria, heredero del trono, y de otros príncipes de aquella augusta familia.

A la mañana siguiente se detuvo Su Santidad en Capua orando en aquella catedral y dando la bendicion apostólica al numeroso concurso, que tanto en aquella ciudad como en todo el camino, acudia solícito á recibirla. Por la noche descansó Su Santidad en Sesa, nombre tan grato á los españoles, y al otro día se encaminó á Gaeta, queriendo Su Santidad visitar el pueblo que le ha dado asilo durante algunos meses, y dejando por memoria en aquella catedral una custodia de gran precio.

Llegados al confin de ambos estados, S. M. el rey de las Dos Sicilias se despidió de su augusto huésped con las muestras de profunda veneracion y religioso obsequio propias de aquel príncipe, y Su Santidad le dió las mas sentidas gracias, tanto en su nombre como en el del orbe católico, por la generosa acogida que le habia dado en los días de tribulacion. Con lo cual se despidieron ambos augustos personajes del modo mas tierno y afectuoso, volviendo el monarca á sus estados, y entrando en los suyos el sumo pontífice, que aquella noche descansó en Terracina.

Fué allí recibido como era de esperar de una ciudad cuyos habitantes han mostrado la mayor lealtad durante las pasadas revueltas, ocurriendo en aquella ciudad una

circunstancia demasiado notable para pasarse en silencio. A la entrada del Santo Padre reparó en unos pocos soldados españoles de los pocos que allí quedaron enfermos, y ellos por su parte hubieron de manifestar cuan grato les sería besar el pie á Su Santidad, quien apenas lo supo, dió órden para recibirlos en audiencia particular, como se verificó al siguiente día, informándose del estado de su salud, habiéndoles en castellano con las palabras mas bondadosas, y dejándoles por recuerdo de su paternal benignidad unos crucifijos y unas medallas bendecidas por sus sagradas manos. Cuantos conozcan el carácter noble y religioso de los soldados españoles se harán fácilmente cargo de la profunda gratitud y ardiente entusiasmo con que aquellos recibieron tan singulares distinciones, manifestándomelo así á mi paso por aquella ciudad, donde han sido cuidados con el mayor esmero, tanto por las órdenes y encargo de las autoridades, como porque han querido manifestar de aquella suerte la memoria que conservan de haber sido los españoles quienes primero los libertaron del yugo de la revolucion, asegurándoles por largo tiempo la paz y sosiego de que han disfrutado.

Desde Terracina dejó Su Santidad el camino que conduce en derechura á Roma, y se dirigió á Frosinone, y de allí á la ciudad de Alatri, para dar esta señal de aprecio á aquellos fieles habitantes, que demostraron serlo á riesgo de sus vidas y haciendas cuando la revolucion estaba mas pujante. No es por lo tanto de maravillar que hayan recibido al Padre Santo con indecibles muestras de alborozo al ver triunfar la justa causa que con tanto denuedo habian sustentado.

Al día siguiente fué Su Santidad á Velletri, donde vino á cumplimentarle el general Baraguay d'Hilliers, comandante en jefe de las tropas francesas que se hallan en los Estados Pontificios; y segun estaba anunciado, en la mañana de ayer salió Su Santidad del mencionado pueblo y entró por las puertas de esta capital á las cuatro en punto de la tarde. El estruendo de la artillería y el ruido de las campanas anunciaron aquel fausto suceso; y en medio de los vivas y aclamaciones del inmenso gentío apinado en la plaza y en sus alrededores, entró Su Santidad en el pórtico de la basílica de San Juan de Letran, donde le aguardaban los cardenales que han formado la comision gubernativa y los miembros del cuerpo diplomático.

En la iglesia se cantó un solemne Te Deum para dar gracias al Altísimo por tan señalada merced; y desde allí se dirigió Su Santidad á la basílica de San Pedro, recibiendo en las calles del tránsito al atravesar una gran parte de la ciudad, pruebas inequívocas de la general alegría con que era recibido en la capital de sus estados.

Oró Su Santidad por largo espacio, asi como todo el Sacro Colegio allí reunido, y despues se dirigió á sus estancias en el contiguo palacio del Vaticano, teniendo la honra de acompañarle, asi los cardenales como el cuerpo diplomático.

En el acto de despedirse este, Su Santidad se dignó manifestarle con las palabras mas expresivas la gratitud de que estaba animado por el apoyo y consuelo que le habia dado, acompañándole en los días de afliccion, y prestándole los mas señalados servicios. Cúpome la honra de contestar á Su Santidad, y lo hice en mi nombre y en el de mis colegas, espresando sencillamente que en ello no habiamos hecho sino cumplir con las órdenes e instrucciones de nuestros respectivos gobiernos, pues todos ellos habian mirado con el mas vivo interés la restauracion de Su Santidad en su dominio temporal, re-

putándola importantísima bajo todos conceptos. Su Santidad se sirvió repetir los sentimientos de gratitud que siempre conservaría en su corazón, á lo cual repuse que en aquellas palabras recibiamos ya la mas grata recompensa.

Así terminó tan solemne día, deseado por todo el orbe católico, y que obtendrá un lugar señalado en la historia de la edad presente, no habiendo ocurrido ni el mas leve accidente que perturbase la pública tranquilidad, ó que disminuyese en lo mas mínimo el general contento.

Lo que tengo la satisfacion de participar á V. E. para que se sirva elevarlo á conocimiento de S. M. la reina nuestra señora.

Dios guarde á V. E. muchos años. Roma 15 de abril de 1850.—Excmo. señor.—B. L. M. de V. E. su mas atento y seguro servidor, Francisco Martinez de la Rosa.—Excmo. señor primer secretario del despacho de Estado.

Instalado el pontífice en el Vaticano, nombró una comision de siete cardenales para reorganizar los Estados de la Iglesia. Tambien se ha dado nueva organizacion al ejército pontificio y se van adoptando las medidas para reparar los males de la guerra. El papa ha dado varias providencias en beneficio general de la cristiandad, y una muy notable que en estos momentos trae agitada la Gran Bretaña, y de la que haremos mencion al hablar de aquel país.

FRANCIA.

Verificóse en este reino y en febrero de 1848, la mas inesperada y completa de las revoluciones, la que ha alterado todas las relaciones políticas de la Europa, y de la que aun se están sintiendo las deplorables consecuencias. Ya algunas señales de alarma se habian notado en Paris, donde siempre se deciden los destinos de la Francia, con motivo de oponerse el gobierno á los banquetes reformistas: hubo protestas en la cámara, y en la sesion del 22 se presentó por Odilon Barrot y otros cincuenta diputados una proposicion declarando al ministerio como culpable, siguiéndose de este acto la mayor agitacion. Mayor era todavia la que habia en las calles donde el pueblo, reunido en masas imponentes, lanzaba gritos sediciosos, pedia la caída del ministerio y se preparaba á resistir á las fuerzas del ejército que iban entrando en Paris por todas partes. El día 24 ya amareció Paris lleno de barricadas; la guardia nacional hacia causa con el pueblo, y empezaron los combates parciales al grito de viva la reforma, sin que la tropa de línea

acometiese con el arrojo que el gobierno deseaba. Luis Felipe, conociendo la gravedad del peligro, destituyó al ministro Guizot y encargó la formacion de un nuevo gabinete al conde Molé. Esta noticia calmó algo al pueblo, que lleno de regocijo, dispuso una procesion triunfal con hachas encendidas; pero quiso la fatalidad, que al aproximarse esta comitiva á las diez de la noche al ministerio de Negocios Estrangeros, la guardia municipal que le defendia hiciese fuego á las turbas, de las que cayeron muchas víctimas. Nada bastó entonces para inspirar confianza al pueblo, ni calmar su desbordada furia. Empezó el ataque en las calles, el día 24 cayó la combinacion Molé y tambien la formada con el mismo Odilon Barrot y los mas ardientes campeones de la oposicion; no se queria escuchar ninguna proclama, promesa, ni comunicacion del gobierno, y asi que el pueblo vió que no hallaba resistencia en la tropa, se dirigió contra las Tullerías, invadió el palacio, destrozó los muebles y arrojó por los balcones los atributos de la monarquía francesa, á los entusiastas gritos de viva la república. El rey Luis Felipe y su esposa habian salido disfrazados por una poterna pocos momentos antes, y á duras penas pudieron escapar de Paris en un mal carruaje de alquiler. Mr. Girardin y otros diputados que habian obtenido que Luis Felipe, antes de su salida, firmase la abdicacion de la corona en su nieto, el conde de Paris, llevaron á este á la cámara, en compañía de su madre la duquesa de Orleans, presunta regente del reino. Al principio fueron recibidos con aplauso, y Odilon Barrot y otros diputados hicieron desesperados esfuerzos para que quedase establecida la regencia; pero los republicanos mas fogosos se opusieron á ello y piden la formacion de un gobierno provisional. Esta peticion es apoyada por el pueblo armado que invade la cámara, la duquesa tiene que salir precipitadamente, el tumulto crece, y el presidente levanta la sesion. El pueblo armado queda dueño del recinto, y bajo la presidencia improvisada de Mr. Dupont de l'Eure, se nombra por aclamacion un gobierno provisional compuesto del mismo Dupont, Lamartine, Ledru Rollin, Arago, Garnier Pages, Marie y Cremieux. Este gobierno, recibido con aplauso por la Francia é ins-